

**PERIODISTA EN CUATRO ACTOS**  
**(TRAGICOMEDIA)**

"¿Podrá montar en trenes y carros de mulas- y qué se yo qué más- y hacerse con la noticia? ¿Con sentimiento? ¿Captando el lado humano, el del primer ministro en su grandioso escritorio y el del campesino en su huerto? ¿Cree que sí? ¡Sé que sí! Y lo hará estupendamente. Así que ¿por qué no se pone a ello ya mismo? Digamos... ¿mañana? Su predecesor, bueno, hace una semana se fue a Holanda, se emborrachó y se desmayó en el regazo de la Reina. Es la maldición de esta profesión, señor Weisz, estoy seguro de que lo sabe".

Recomendación del director de Reuters en París al nuevo redactor de la Agencia. Año 1937.  
De "El Corresponsal" (Alan Furst)

-----

"Una mujer sola es peligrosa.  
Una mujer que vive sola,  
Que viaja sola,  
Que no sabe lo que quiere,  
Pero sí lo que no quiere  
Es un peligro andante.  
Una mujer que decide estar sola.  
Que ordena los tiempos y los espacios,  
Pero no los roperos.  
Que no teme equivocarse.  
Que no mira atrás, sino de frente.  
Que dejó de cumplir las expectativas ajenas,  
Que vence las convenciones impuestas  
Y sólo es dueña de sí misma  
Da, de verdad, miedo.

Siempre es una tentación demasiado intensa para dejarla pasar de largo..."

Nieves Rodríguez Rivera. (Poeta, profesora, escritora)

ZEROLO/ 9 de junio de 2015

Se levanta pensando que va a tener un día tranquilo. Quizás una rueda de prensa sobre los pactos post-electorales. Quizás, alguna convocatoria de Podemos, o de Ciudadanos. La vicepresidenta inaugura el "Fujitsu no-se-qué" en Ifema. Eso estaría bien, piensa. Desayuna un Té Slim de Hornimans y un quesito light con una cracker, porque quiere perder peso, está más delgada que hace unas semanas, pero nunca es suficiente. A su edad no se adelgaza de donde se quiere. No se obsesiona, pero no quiere estar gorda como antes. Siempre la dicotomía entre "cara o culo". A ella, que la piropeaban por la calle hace tan solo unos años. Ahora piropean a su hijo las chicas del instituto: "¡pibón!"

Cuando se está comiendo a La Vaca Que Ríe oye en la radio que ha muerto, de madrugada, Pedro Zerolo. Por dios. Deja el desayuno y coge el móvil, manda un whatsapp a su editora. "Ha muerto Pedro Zerolo", dice, y, según lo escribe, piensa en que Pedro ha muerto muy pocos años mayor que ella. Siente un escalofrío de temor y rabia a la vez. "Zerolo no es solo un icono gay. Zerolo es un luchador, Zerolo nos apoyó, ¡Zerolo nos acompañó!" recuerda. Sí, se acuerda de las manifestaciones contra el ERE. Allí estaba él, casi siempre.

En su radio no lo sabían. "Confirma, por favor", le dicen. "Lo está dando todo el mundo", replica. Pero aun así, llama al PSOE, a la chica que va con Gabilondo. "Sí, sí, ha sido muy duro". Qué hacemos ahora. Espera instrucciones en la ducha. Piensa en Zerolo, y cómo habrá sido su última noche, en su casa. Piensa en algunos familiares, algunos amigos, en su pelea. En el dolor. Vaya mañanita, joder. Empezamos bien.

"Entras en el boletín de las 10:00 y cuentas lo que sepas": primera instrucción del día. Solo es martes, y, para ella, como si fuese lunes. Porque le han encargado en la radio que cubra la constitución del Ayuntamiento de Madrid el sábado. Programa especial con los ayuntamientos del cambio. La dura vida del corresponsal. "Aprendiz de mucho, maestro de nada", reflexiona.

Empieza a estar de los nervios y ni siquiera ha salido de casa. Palos de ciego. Llamadas al tuntún a compañeros, llamadas al partido no contestadas, mientras piensa en qué hacer de comer para su hijo y cómo resolver el día que le espera.

Hoy se constituye la Asamblea de Madrid, pero Pedro Zerolo ya no será nunca diputado. Ya no está entre los vivos, los vivos que viven sacando a paletadas su día a día. Paletadas de ilusión, frustración, esperanza, estrés, disfrute, miedo, felicidad... ¿todo a partes iguales? "Ojalá", piensa.

"Vete a la Asamblea cagando leches y entras desde allí a las 12:00". Aparca en un Mercadona, no ha tenido el coraje de coger un metro o un cercanías, no llegaría nunca, y siente demasiada pereza para el transporte público. La puta vida del periodista sin chófer.

Mejor no hablar de lo que pasa en la Asamblea, quizás en otro capítulo, en otro libro, otro día. El luto, los claveles en el escaño vacío, etc. Qué bonito. Antes ha vivido en la puerta del Parlamento regional la locura del ratio "diez minutos-una acreditación", con una cola de periodistas que llega hasta el Eroski de enfrente. Dentro, lo de siempre. Pocos medios para los periodistas- demasiados ese día- y hostias en los canutazos. Siempre piensa lo mismo, ella: "¿creerá la gente que somos imbéciles? ¿Que nos gusta este cuerpo a cuerpo? ¿Que nos va, de verdad, la vida en ello?"

Pero ella pelea como el que más, hay que estar ahí, se lo tenemos que contar a los oyentes ¿no? Aunque, a veces, muy pocas veces, cuando ya no siente el brazo y el interlocutor entra en bucle, se sale del canutazo, apaga el grabador y bufanda un poco. "Puff...qué mierda"

Cuando sale de allí entra al Mercadona, con el reloj comiéndole los talones, a comprar unos filetes de pollo... ¿para hacer la comida? Sí. También le sirve para pagar el parking. No podría haber aparcado en el Mercadona sin hacer una compra. Así es la vida del periodista sin coche, ni conductor, ni taxis pagados, vuelve a mascullar entre dientes.

Relax de veinticinco minutos. En fin, relax...Llámalo x. Come con su hijo. Tiene que llevarle al psicólogo, tiene algún problemilla de fracaso escolar, y eso a ella le hunde la vida, joderrrr. Le lleva en el metro, se bajan en Goya, y le deja allí, con sus test psicológicos, para marcharse a todo correr a la capilla ardiente de Pedro Zerolo (ha muerto Zerolo, ha muerto Zerolo, ha muerto Zerolo, va pensando en el metro que la lleva de Goya a Vodafone Sol, menuda mierda "Vodafone" Sol). Piensa también en cómo se sentirá su hijo, al que lleva en volandas y deja allí, en una fría consulta psicológica de la calle Alcalá. A la salida, su peque tendrá que coger el metro y volver a casa. Solo. Y solo tiene 13 años. Ella llegará pasadas las nueve, y el chaval reclamará su presencia, su atención. Pero ella solo querrá acabar la pieza del matinal y dormir. Está cansada. Y no es un cansancio físico, o no tanto: es que la pelea le produce agotamiento psicológico.

Cumplió un número muy grande y redondo el mismo año en el que la despidieron en un ERE. Una oposición aprobada en una TV pública, veinte años de trabajo... ¿a quién podría ocurrírsele que ese trabajo no era seguro? Venga, a la calle con una pila de años. Hala. Vuelve a por otra oposición. Qué te creías.

Sola ante el peligro. No me dejéis caer, pensó, en aquellos terribles días de 2013. "¡No soy un pez grande, no soy Lehman Brothers!" Y no. No cayó. Aunque, quizás, hubiese sido mejor caer. Lo peor de los que no caen es que siguen boqueando, agónicamente, para respirar y mantenerse en pie. Conoce a compañeros que no volverán a trabajar de periodistas. Que quizás no volverán a trabajar.

Cinco horas de pie con sandalias nuevas. Muy cómodas, pero nuevas. Sus pies revientan. Y su hernia de disco grita por una tregua. A las tres horas de estar en la calle ya no le importa sentarse en el suelo para editar totales (o cortes, aún se le escapa el lenguaje de la tele), y preparar el informativo de la tarde. Hay material para hacer una crónica preciosa. Está animada. Le gusta el material que tiene. Esa sensación que les entra a los periodistas de "momento histórico" a ella le da igual ya, porque lleva demasiados "momentos históricos" en su vida profesional, y sabe que los "momentos históricos", para una reportera de a pie, no son más que dolor de ídem, de los dos; de carreras, de sentadas en los adoquines de la Plaza de la Villa, de nervios y estrés. Pero ésta tarde es de Zerolo, y ella confía en su material y en su oficio. Y cómo disfruta, cuando tiene un buen material para hacer una buena crónica. Más de 25 años en el tajo y aún le gusta lo que hace. A pesar de todo.

Pero entonces las cosas empiezan a fallar. Su pequeño portátil que la ha sacado de mil infiernos, su fiel compañero-Asus, se convierte en un cabrón que no reconoce el módem. Ella empieza a fibrilar y a coger del brazo a su compañera de Europa Press, apretándole y soltando estertores en su oreja. Sabe el espectáculo que está dando, de neurótica total, pero le da igual. Hay que llegar, tiene que enviar. Llama a Vodafone y se caga en la madre del ordenador que le habla hasta que la pasan con un agente. El tipo que la intenta ayudar es un encanto, parece mentira, porque cada día se parecen más a los robots que les preceden, pero el tipo se ha dado cuenta de la angustia que supura al otro lado del teléfono. Pero ya da igual, no da tiempo. Ninguna solución consigue revitalizar el módem que nunca le ha fallado hasta hoy, no consigue activar zona wifi en su móvil, o no se acuerda, realmente, de cómo hacerlo. Cuando se entra en pánico, las teclas se vuelven en contra. Comprende, ella solita, sin que se lo diga nadie, que ha entrado en un bucle de fracaso radical. Se levanta, coge los bártulos, todo un marasmo de cables usb, jack-mini jack, mini jack-canon, jack-usb, dos teléfonos, un Olympus grabador, un transportador de tarjetas... (¿Dónde está el transportador de tarjetas? ¿Desaparecido en

combate?) Recoge todo, todo lo que se necesita para editar un audio y lanzarlo a Sevilla en cinco segundos a través de una Ftp que nunca falla....

Se mete en un bar y pide que bajen la música y el camarero la mira con una conmisericación que ella no va a olvidar fácilmente:

"¿Primero de todo, qué quiere tomar?" le dice el tipo, con esa cara de que los periodistas no le gustan un pelo, porque seguramente los lleva atendiendo toda la tarde y le han alborotado demasiado el bar.

"Un agua mineral con gas ", acierta a pedir, mientras intenta poner orden en el lío tecnológico y en el folio donde ha escrito su crónica. Llaman de la radio. "Te pongo en antena".

Cuando acaba, paga la consumición, deja una propina generosa, da las gracias al camarero por lo de quitar la música y sale a la calle Mayor. Confía en hacer una bonita crónica para el matinal del día siguiente, y no el horror que acaba de escupir en el informativo de la noche.

Y cuando coge el taxi, ve, a su izquierda, en la plaza de la Villa, que está preparado el coche fúnebre para sacar el féretro donde va el cuerpo de Pedro Zeroło.

"A la calle Nerja, por favor". El taxi ya está enfilando la carrera de San Francisco cuando se pone a llorar. Se vacía en lágrimas. El taxista, sorprendido, la mira por el retrovisor, y no dice nada; "menos mal que es de los que van calladitos", piensa, y tampoco ella dice nada. Solo llora. Lloro por su estrés, llora por tener un trabajo, llora de culpabilidad por tener un trabajo y por estar estresada. Por su vida de "soy una estadística andante": mujer que vive sola con cargas familiares, despedida en un ERE, con trabajo precario y que no llega a fin de mes.

## SEROTONINA/ 25-09-2015

Ya está. Esta mujer ya está estable, dentro de la gravedad; o grave, dentro de la estabilidad, que, aunque parece lo mismo, pues mira, oye, no lo es. No sé por qué me parece a mí que ella es de las segundas... una mujer siempre estable que vive momentos de pura locura. Pero...igual también es de las primeras: una colgada que vive momentos de lucidez. Bueno, esta chica se está tomando unas pastillitas con las que ve la vida... no de otra manera, sino solamente como es. O sea, una gran mierda. Pero sin sobrereactuar, en serio. La serotonina que le falta en el cerebro es lo que hacía que se estuviese planteando día tras día, y cada puñetero minuto de cada día: "qué hago yo aquí, en este mundo, en esta España, en este barrio de medio pelo, en este curro haciendo crónicas políticas como el que hace churros, entrando a las 10, a las 11, a las 12, y a veces también a las 10 y media, y a las 11:30 y a las 12:30, y en los informativos de las 14:30, y las 20:00, y a veces en la tertulia, y luego el matinal".

Pero las pastillas que le ha mandado su médico le están sentando muy bien. "Ahora ya no pienso permanentemente que voy a morir", reflexiona. "Moriremos todos algún día..." se reía el psiquiatra, y a ella le hace gracia cuando la gente dice eso, como si hubiese gente más acostumbrada que otra a la idea de morir. ¿La hay?

Morir, vivir...cuando habla con su compañera de la radio de estas cosas, ella la mira como si hubiese enloquecido. Y siempre le dice lo mismo: "Deberías follar más". Seguramente lleva razón.

Le dicen que tiene que trabajar la noche del 27-S. Ella solo piensa en la nohecita aterradora que se pasará en la sede de la calle Génova, cuando lo que le gustaría es, esa noche, tirarse en el sofá de su casa viendo a los aguerridos y jóvenes periodistas hacer una noche electoral que promete ser apasionante. Que se apasionen ellos, piensa. A ella le apetece mucho más tomarse un par de gin tónicos con algún amigote, comentar la jugada haciendo zapping por las teles y destripando al personal.

Son catalanas. Lo que le gustaría es estar allí, en Barcelona. Pero en su radio han sido asquerosamente coherentes: "Tú eres corresponsal en Madrid".

Hay que irse a Génova. Qué poquito le gustan las noches electorales, y lleva ya unas cuantas. Salvo que hayas hecho la caravana- que permite alimentar esa sensación de cierre de círculo, y que es como una "rave" de plumillas hiperventilando todo el día-, las noches electorales son un petardo cuando ganan (porque hay que aguantar con estoicismo la euforia y los balcones), y también cuando pierden, porque entonces no tienes nada que echarle a la boca (o a la conexión) durante largas horas. Y venga

exigirse a sí misma que tiene que moverse y ser proactiva. Sube y baja por las escaleras y ascensores intentando que alguno de los tipos de prensa le dé un detalle, algo que contar en la próxima conexión, algo así como "Mariano ya ha llegado y departe con María Dolores en su despacho". Oh, gracias. "Ya tengo material para la próxima conexión". Son catalanas, sí. Las plebiscitarias, como se hartaron de llamarlas. Así que, en Génova 13, clima polar.

Ella intentará que la noche sea lo más pasable posible, es decir, intentará no correr por las escaleras camino de su RDSI por una nimiedad de información, o dato, o elucubración. Intentará hacer como que no ve a ese que se cree "el puto amo" de la información; intentará no mirar a los cámaras devorando canapés (¿por qué los cámaras siempre tienen hambre?). Intentará no enfadarse porque le dan dos pasos en la radio en cinco horas, mientras en el estudio hablan tertulianos poco informados; intentará que esa jefa de prensa no la ningunee; intentará, desde luego, irse a casa lo antes posible y echarse en la cama e intentar dormir.

Pero siempre es imposible dormir tras una noche de éstas. No se puede dormir cuando uno lleva cuatro Coca Colas y ha comenzado a trabajar cuando ya es casi de noche. Esperando a que le den paso en una soporífera tertulia mientras intenta no dormirse, agobiándose entre conexión y conexión por ofrecer algún tipo de información relevante. "¿Pero quién coño nos oye?" Piensa: otros periodistas, otros tertulianos. Los políticos.

"Soy yo. Soy yo la culpable. Quizás tiene que ver con que ya he sido "joven-periodista-de-momento histórico" y ya estoy hasta los coj.... de los momentos históricos; me aburren los momentos históricos, quiero ser espectadora de los momentos históricos...quiero verlos y disfrutarlos y luego aburrirme de ellos e irme a la cama. Este oficio me abrasa".

Siente que tiene el colmillo demasiado retorcido, que lleva demasiados años trabajando y que ya no pasa ni una, a nadie. Ni a políticos ni a periodistas. Pero acaba la noche electoral y se va de copas con una representación de ambos. Una mezcla de periodistas parlamentarios que han pasado la noche en algunas de las sedes de los partidos en Madrid, y algunos políticos, pocos, empotrados entre ellos. De varios partidos. No, no solía pasar, lo de las copas interpartidistas, ni siquiera entre redactores...pero esa noche sucedió. Periodistas que se llaman unos a otros, se alinean los planetas y al final organizan una quedada en un bar de Las Letras.

"Los periodistas que cubren el Congreso de los Diputados o la Moncloa se creen tocados por una varita mágica, llamada poder, que los ha elegido por ser los mejores. Lo cierto es que la cercanía al poder no



es nada saludable. Ningún periodista debería tomar gin tónicos con sus fuentes". Así lo soltó, tras la segunda copa - seguramente un gin tónico- ante un extraño grupo de plumillas de su lado y del lado oscuro, y también algunos políticos de la segunda y tercera fila parlamentaria, esos que más se relacionan con los periodistas. Está un adjunto, secretario, o secretario adjunto, algo así de un grupo parlamentario. Un tipo correoso y de poca cintura, que sale poco en los medios, pero que la lía parda cuando lo hace. Uno de esos boxeadores que ganan a los puntos y acorralla en el rincón a los rivales, a veces con golpes bajos. Discute con él, claro, riéndose de las consignas de su partido. Pero las copas suavizan cualquier debate.

También está algún jefe de prensa muy, muy rijoso, que le tira los tejos a todas las periodistas. No esa noche: siempre. Otro político, muy joven y muy tímido, de fuera de Madrid, que se apunta siempre a las copas con el objetivo de conseguir la "inmersión" en la capital. Una asesora de prensa que ha pasado de un grupo parlamentario a un partido político en las antípodas ideológicas. Una diputada muy feminista, portavoz en una comisión.

Un grupo muy heterogéneo y extraño, que bebe y charla y abunda en estrategias políticas y se ríe, de verdad, de los discursos oficiales. Una cohabitación etílica que junta a jóvenes con mayores, periodistas con políticos, progresistas con conservadores, madrileños y foráneos. Una mélangue que por una noche funciona. El alcohol es un magnífico pegamento de materiales.

Pero nuestra protagonista está, ya, de verdad, cansada. Cuando va hacia casa piensa que su colega tiene razón cuando le dice que está demasiado ensimismada con el trabajo, con su hijo, y que debería conocer a alguien, ligar un poco, divertirse sin tener que hablar de plebiscitos, hojas de ruta o sondeos.

SIN GOBIERNO/ 20-09-2016

-Sale Antonio Hernando en el set a las 13:00...-

-¡Pero si ha convocado Errejón a la misma hora en la Sala de Prensa...!-

-Ya, y se nos va a juntar con Patxi, que viene de Zarzuela ¿Cómo lo hacemos, chicos? -

No hay problema. Para eso les pagan. "Notarios de la actualidad", dicen los cursis que son los periodistas. O sea, notarios del histerismo declarativo de unos y otros. Y de las réplicas. Y las contrarréplicas. "Ocurrencias", dice Mariano Rajoy. Una por la mañana y otra por la tarde. "Oferta por la mañana y a reventarla por la tarde", dice Susana Díaz. "La política no es un plató de TV", dice Miquel Iceta.

La locura de "los nuevos" en el Congreso. Ella va hacia la Junta de Portavoces y ve a Errejón bajando con su gente por las escaleras de la Ampliación I y le parece que bajan al recreo los de cuarto de la ESO. Son insultantemente jóvenes y están en el mismísimo centro de la soberanía nacional.

No hay gobierno. Ella y sus secuaces se están volviendo locos. No hay investidura. Los periodistas viven en el Congreso. Las reuniones entre grupos parlamentarios duran menos que las ruedas de prensa que se ofrecen para informar de ellas. Ésta tremenda e insoportable levedad del canutazo, esta locura de buscar a los portavoces cuando salen de los directos de las teles, esta histeria declarativa, estas reuniones que se convocan y se desconvocan habrían hecho explotar la cabeza de nuestra periodista: su casa, su hijo, y las siete ruedas de prensa diarias para encontrar la forma de montar un gobierno, podrían haber acabado con sus nervios. Pero no es así. No: porque esta mujer se ha enamorado.

Sí. Adora, anhela, quiere, desea...

Pero... ¿cómo ha podido suceder?

"Me he acordado de ti, y de tu mensaje de las lágrimas sin ton ni son, a una hora cualquiera del día, aunque luzca el sol y sea un brillante día de inicio de fin de semana. He llorado yendo a Ikea a comprar básicamente nada, a lo que siempre se va a Ikea. No me entiendas mal, no lloro habitualmente. Pero estaba oyendo en la radio una canción de Pablo Alborán que se llama "Loco" y me ha hecho llorar. No puedo oír ésta canción sin llorar, voy a tener que censurar a Pablo Alborán, ¡si es que ni siquiera me gusta Pablo Alborán! Tendré que dictar una orden de alejamiento, prohibirle acercarse a cien metros de mis oídos. Tengo un agujero como una pelota grande dentro del pecho que no me deja respirar.

Quiero conocerte ya, quiero verte, y a la vez, no quiero verte, no quiero tenerte cerca, porque me asustaría, me dolería, podría morir si explota la burbuja en la que vivo, vivimos, desde hace meses. Pienso en este fin de semana, en el que me escribirás menos, y me agobia no tener nada que hacer, como si ayer, o mañana, tuviese mucho que hacer salvo pensar en ti y en tus mensajes. He pensado en los besos que te querría robar, y te juro que me queman los labios, casi noto los tuyos, esos que no conozco”.

Así, leyó éste mensaje y los cientos que leyó durante meses, nuestra periodista fue cayendo en la tela de araña de un amor epistolar digital. ¿Podría decirse “digitoepistolar”? ¿O “epistodigital”? Siguió los consejos de su compañera, a la que rebatió con uñas y dientes antes de caer: “En estas páginas, cuando me he metido, solo encuentro macarras y electricistas, vigoréxicos de gimnasio haciéndose pasar por profesores universitarios o creativos publicitarios. Me metí una vez y me encantó la nuca de un pavo, en la foto que colgó. ¡Tía, colgó una foto de su nuca! ¡Juas! Cuando le pregunté, me contó que era una foto de Marcello Mastroianni. ¡Un Marcello maduro y crepuscular, qué nuca...! Lo dicho: me parecen una mierda estas páginas...Todo el mundo miente.”

“¿Electricistas?”, le preguntó su colega, mirándola como solo se puede mirar a alguien que ha perdido la cabeza. “Eres una clasista”.

“Sí, sí, ya. ¿No te has fijado la cantidad de fotografías que hay? Solo hay fotografías”, contestó a su compañera, “debe ser que a los tíos les mola el rollo fotógrafo, quieren ser tipo Clint Eastwood en *Los Puentes de Madison*”. Qué cutrerío. Fotógrafos que seguro que son porteros de finca, o “*seguratas*” privados”.

Pero su amiga, además de insultarla por clasista, la animó. Y ella siguió. Y empezó a encontrarle el gusto a eso de hablar con desconocidos por mail. Y no dejaba de aprovechar los tiempos muertos entre reunión y reunión (seguimos sin gobierno, sin investidura, y no hay manera de salir del Congreso antes de las nueve de la noche).

Y, finalmente, lo encontró. No recuerda muy bien si fue antes o después de la segunda ronda del Rey para proponer un candidato a presidente. El año 2016 en que políticos y periodistas parlamentarios vivieron tan peligrosamente habría sido para llevar un diario, “no para hablar con tíos en una página de ligoteo”, se dice a sí misma. Pero le divierte. Ella no recuerda realmente si fue antes o después de que se encauzase la investidura de Rajoy, pero sí recuerda que cuando le conoció (aunque “conocer” es mucho decir), cuando empezó a hablar con él a través de correo electrónico, su vida fue a mejor. No sabe cómo, ni por qué, pero se sintió más feliz.

Ella mintió, claro. Y él... ¿él? Ni idea. En su foto de perfil solo hay un paisaje soleado y ¿lunar? Sí, soleado y lunar solo es posible en alguno de esos inhóspitos lugares de Fuerteventura o Lanzarote. Ella ha colgado una foto de su zapato de tacón, negro, de charol, medias negras. No es una foto sexy. Su tacón, bajo y grueso, y sus medias tupidas, hablan de alguien que quiere aparentar austeridad, casi conservadurismo. Y de él, desde luego, no se puede decir nada. No muestra ni siquiera una mentira, como la nuca de Mastroianni: todo lo que sabe de él lo sabe por los mensajes que intercambian. Y ella escribe cosas tales como...

“No sé por qué lo hago. No busco nada, no busco conocerte, ni un encuentro sexual...porque tengo tanto riesgo de encontrarlo, de conseguirlo... que me aterroraría mi debilidad, mi incapacidad para darte un “sí”. Supongo que dentro de la extrema debilidad en la que me muevo, dentro de la vulnerabilidad en la que me encuentro...hallo cierto placer en saberme poderosa. Tender una mano y saber que vendrás. Es tan pírrica la victoria que al final me siento más derrotada que antes de empezar a jugar” Pero juega. Juega, y se acerca, juega a administrar los tiempos y los silencios.

Ese tipo, que prácticamente no le ha dicho nada de él, y que tampoco sabe nada de ella, al que llama Lancelot (por aquello de la foto de Lanzarote, sí, era un acantilado volcánico de esa isla), ha conseguido tenerla muchos minutos de cientos de sus días pendiente del ordenador o del móvil. Hablan por mail, ella nunca ha querido pasar al whatsapp, porque no soportaría tanta intromisión, quiere mantener un poco de estabilidad. Pero le echa tanto de menos.... Y tiene que ocuparse de su hijo, de sus amigos, y, ¡por dios! NO HAY GOBIERNO. Tiene mucho trabajo. Pero le echa tantísimo de menos...

Ese hombre (¿y si es una mujer?, se pregunta, se obsesiona, se enfada), ese ente digital, ese escritor de correos electrónicos literariamente sugerentes, la tiene muy pendiente y expectante. Tanto, que ya no puede pasar ni un solo día sin el correo diario. Y pasan los días y las semanas. Y muchos meses.

**EL VÍDEO/ 25 de abril de 2018**

Piensa el martes por la tarde que lo bueno del inicio del debate de presupuestos es que no hay que madrugar. El pleno empieza a las 12:00, así que está muy bien. "Relax", piensa. Podrá sacar al perro con tranquilidad, volver a casa, desayunar con cierto sosiego, arreglarse, ponerse guapetona y coger el metro para estar a las diez en el Congreso. La regalada vida del autónomo. No hay que fichar. Y además, es un día especial.

Por fin va a encontrarse con ÉL.

Han pasado tantos meses, con tantos altibajos, que empieza a pensar que su vida- que mejoró inicialmente- ha empeorado desde que se enamoró de un algoritmo. Han pasado por todas las crisis de las parejas analógicas: las ganas de desvelar el misterio de uno, las ganas del otro de no desvelarlo, y al revés. Los miedos de ambos por desvelar sus vidas, sus cuerpos, sus identidades, sus rostros, sus profesiones. Era tan fácil estar así, en el mail...Pasaron por el desgaste, por el hastío, por las rupturas y los reencuentros, por las explosiones pasionales. Y sí, siempre digitales: los reencuentros, las rupturas y los arrebatos.

Y ya. Llegó un momento en el que ninguno de los dos podía seguir así. "¿Qué tipo de monstruo es un tipo que dice que me quiere sin conocerme?" pensó ella. E inmediatamente pensó que ella era un monstruo similar. Ella y sus pánicos, ella y sus complejos, ella y sus neuras.

Será suficiente con estar allí, en el Congreso, a las diez, piensa, porque hay reunión del Grupo Socialista a las diez y media, aunque duda mucho que alguien quiera hablar cuando ya se ha dicho todo. Otro debate de presupuestos con todo el pescado vendido.

Todo pinta bien para su día especial.

Pero, mira tú por donde, cuando saca a Tim al parque- porque ahora tiene perro- , y va con la bolsa de las chuches, la botellita de agua, la pelotita que suena, las llaves de casa, el móvil con la radio puesta y los auriculares...oye, tócate los...

"Coño, creía que lo había visto y oído todo en esta puta vida". Sin verlo, lo vio. Oyéndolo, lo imaginó.

El tremendo vídeo de Cifuentes. En el Eroski de Vallecas.

Y entonces empieza el día. La locura de oír la radio mientras te llegan cien Whatsapp a la vez. "¡Tengo que llamar a la radio!" Correr con el perro que se queda a medio de todo- de todo- hacia casa. Ni desayuno, ni leches. Ábalos sale a las 10:30, lee en el whatsapp del PSOE.

Deja al perro y piensa que quién le ha mandado tener un perro. Piensa que hay que decirle adiós y cruzar los dedos para que cuando llegue su hijo, a la hora de comer, tenga la sana intención de cumplir la orden de sacar al cachorro a hacer pis. Porque, sí, en casa hay un perro y un adolescente. Es un cachorrito de podenco. El niño no, el perro. O sea, un puñetero corredor y cazador. ¿Qué hace en el piso de una periodista y madre soltera un podenco de cuatro meses? La culpa es mía, piensa. Como siempre. La culpa.

Ha conseguido llegar al metro, tras dejarse, con las prisas, su autoestima: ni rímel, ni plancha para el pelo, ni siquiera un poco de colorete. Así salen los tíos de casa, piensa. Ducha, desodorante, y a correr. Y ella corre. Vaya si corre. Se ha dejado las gafas en la bolsa de Tim, las gafas de presbicia en la bolsa del perro, sí. ¿Os ha contado alguien lo que le pasa cuando se le olvidan las gafas de leer? Dios mío, un día se las olvidó antes de cubrir un pleno del Senado y fue el infierno. Es decir, el Senado, el infierno. Y sin gafas, un cuadro de El Bosco.

Así que llega a Sol, a las diez y veinticinco; hay un helicóptero sobrevolando, es un día muy nublado, hay cientos de turistas deambulando por Sol, y además hay convocada una manifestación de estudiantes para reivindicar el valor de la universidad pública y contra todo lo que significa el máster de Cifuentes. Vamos, el típico día de perros: un plenazo de presupuestos, manifestaciones, Cifuentes, dimisiones, vídeos.

Un malísimo día para encontrarse con ÉL. El tipo con el que lleva hablando por e-mail durante año y medio. Y aun así, irá.

Ha ido a la sala Ernest LLuch, al Grupo Socialista, se ha encontrado con su compañera y le ha pedido que la cubra unos minutos, si llega un poco tarde a la *performance* de Montoro. Ha pasado por el cuarto de baño de la Ampliación I y se ha retocado los labios con un rouge oscuro.

Se acerca a *El Barril de Las Cortes*. Un fantástico sitio para comer, pero raro, muy raro para tomar un café a las diez y media de la mañana. Pero es ahí donde se han citado. Muy cerca de la entrada al Congreso por Cedaceros. Y entonces, al entrar, a medio camino del umbral de esa puerta automática de cristal, su mundo entero de meses de Gmail se viene al suelo.

Allí sentado, en un elegante taburete de *El Barril de las Cortes*, con un café con leche delante de sus narices, se encuentra el boxeador de segunda fila de ese grupo parlamentario, aquél marrullero con el que discutió tanto aquella noche de catalanas. El político macarra que la lía cada vez que abre el pico. Un hombrecito pequeño, con poco pelo y el poco que tiene, re peinado y pegado al cráneo. Un trajecito gris y corbata azul que le hacen parecer un niño de comunión. Un aspecto de "me como el mundo porque no mido más de 1,65".

Señor, piensa nuestra periodista, que habitualmente nunca piensa en dios. "Tiene que ser él. Nadie viene aquí a tomar un café. No hay nadie más en la barra. ES ÉL", piensa, horrorizada, ni dentro ni fuera, a punto la puerta de cerrarse sobre su cuerpo. Está a nada de marearse y caerse al suelo redonda, porque piensa, y cree, y cada vez tiene más certeza de que se ha estado carteando digitalmente con un tipo que a ella le parece...que a ella no le parece..., en fin, QUE NO.

Pero hay que hacer algo, no puede quedarse ahí, estatua de sal en medio de una puerta corredera de cristal. Él la está mirando, y, por supuesto, un atisbo de sorpresa infinita se ha pintado en su rostro. Una cara como de "esto-no-está-pasando".

No sabe muy bien por qué, pero en ese entrar o no entrar a *El Barril de las Cortes*, en ese segundo en el que decide que no entra- porque ha visto su poco pelo, y su mano temblando mientras mueve el azúcar en el café, y se ha fijado en su traje gris caro, que no le queda nada bien, y en sus zapatos también caros que casi no llegan al suelo...-en ese momento en el que casi se da la vuelta para salir, a pesar de que él no le quita ojo, entonces algo le impulsa a cambiar de opinión. Encara la situación y entra. Y entra, así, con convicción.

-Hola, Pepe- dice, y se sienta a dos taburetes de él- Voy a tomarme un cafetito antes de ir al pleno.- Él la está mirando como si viese un espectro, con los ojos un poco desorbitados, y la mano temblona mientras sigue removiendo la cucharilla en su café.

-En eso estaba yo- dice, y cambia la mirada hacia su taza. Esquivo.

Se quedan unos minutos en silencio, mientras el camarero le pone a ella su café.

-¿Vas al pleno o qué?- pregunta ella. No quiere creer, pero cree. No quiere saber, pero sabe.

-Claro. ¿Y tú?- dice él, y no levanta la mirada de su café.

-Bueno, yo voy, pero no tengo que votar. Solo voy a trabajar- intenta esbozar una sonrisa, él está muy ensimismado mirando su taza, y ella pregunta, aparentando normalidad- Van a salir adelante ¿no? Aunque un poco de emoción sí hay...-

-Bueno, ya sabes, el PNV...qué listos son los tíos... - contesta él. Y levanta la mirada hacia ella. Y ahora a ella le parece que es una mirada desafiante, un poco retadora, con una amplia sonrisa pintada en su

boca. Es como si él hubiese decidido, tras el primer momento de desconcierto, que hay que pasar a la acción. Ella espera con toda su alma que a él no se le ocurra desvelar por qué están allí. No. Por dios. Empieza a arrepentirse de haber entrado.

-Pues nada, me voy a ir yendo, que está mi compi sola- dice ella, y se levanta con ademán de llamar al camarero para pagar su café.

-No, cielo, ya te invito yo- dice él. Ese "cielo" la hunde, más aún de lo que la hunde comprobar que el tipo con el que se cartea por mail es ése hombre. No quiere darle ni media oportunidad. Así que ella ya va hacia la puerta cuando oye su voz:

-¿Has visto el vídeo?

-El de Cifuentes, sí, lo he visto.

-No. Me refería a ese de Turismo de Canarias que te he enviado, sobre Lanzarote...

Ella no quiere ni mirar. Pero ahí está la confirmación. Ése es su Lancelot. Ese es el hombre que escribe deliciosos correos amorosos y escupe insultos demolidores contra sus adversarios políticos.

Ella se queda a medio camino, de nuevo, buscando la puerta, como si afuera, en la calle, estuviese la salvación. No dice nada, está paralizada. Y él ataca de nuevo:

-¿Tú no eres tú?-pregunta él.

Ella abre la puerta y no mira atrás. Se va.

Y hará toda la sesión plenaria en un estado desasosegante. No le cuenta a su compañera lo que ha pasado. Cuando acabe la primera intervención de Montoro se atreverá a enviarle un Gmail, en el que le explicará que no pudo ir a la cita, porque se le complicó la mañana.

Le dirá, sin decirlo, que no, que ella no es ella.